



**III Certamen
de Relatos
CORTOS**

**CONCIENCIA
LIBRE**

INTRODUCCIÓN

Este librito recoge los relatos finalistas del III Concurso de Relatos Breves “Conciencia Libre” que ha convocado la Asociación Laica de Rivas. Este concurso se convoca desde el año 2022. Este es, por tanto, su tercer año. Ha tenido desde su comienzo una buena acogida, lo cual nos satisface enormemente.

El objetivo de este concurso es doble. Por un lado, tiene un fin literario; por ello, los relatos nos tienen que emocionar y entretener. Y, por otro lado, pretendemos difundir el laicismo como forma de pensar y concebir una sociedad acorde con la libertad de conciencia, la igualdad de las personas ante la ley, sean cuales sean sus ideas, y la necesaria independencia del Estado y sus instituciones respecto a las religiones e ideologías.

La complejidad de las sociedades en las que vivimos, con la convivencia de personas de muy diferentes orígenes culturales, requiere un Estado que sea neutral en lo que se refiere a las creencias para favorecer el respeto mutuo, sin privilegios ni abusos de unas ideologías sobre otras.

Creemos que los relatos aquí editados cumplen esa doble función de entretener y divulgar, habiendo resultado ganadores en la categoría de adultos María Sol Kliczkowski Wladimirski, de Barcelona, con el primer premio por su relato Aprovechando que ya no estoy y Rafael Fuentes Pardo, de Madrid con el segundo premio por el relato Intentándolo. Además de estos dos relatos, se completa la edición con los

demás presentados. El premio en la categoría de jóvenes queda desierto, al no contar con ningún relato presentado en esta categoría.

Esperamos que estos cortos nos hagan reflexionar en los temas que plantean, todos de actualidad y muy presentes en nuestra sociedad.

Asociación Laica de Rivas Vaciamadrid
rivaslaica.org

Rivas Vaciamadrid, noviembre de 2024

ÍNDICE

APROVECHANDO QUE YA NO ESTOY _____	9
Primer premio	
María Sol Kliczkowski (Barcelona)	
INTENTÁNDOLO _____	11
Segundo premio	
Rafael Fuentes Pardo (Madrid)	
TRES PROBLEMAS _____	15
Claudia Sarrión González (Rivas Vaciamadrid - Madrid)	
EL INDULTO NO CABE EN LA MEMORIA _____	19
Jesús Pérez García (Vitoria)	
LEGISLACIÓN RELIGIOSA _____	23
Ángel Manuel Carril González (Santiago de Compostela)	
EL GENIO DE ESTA LÁMPARA _____	27
Gipsie Garrido Domínguez (Guantánamo - Cuba)	
BIRLIBIRLOQUE _____	33
Arturo Amez Sastre (Madrid)	
LA NIÑA GITANA _____	35
Carlos Fernández Salinas (Gijón - Asturias)	
QUEREMOS UN PUEBLO LAICO _____	39
Estanislao Pan García (Madrid)	



APROVECHANDO QUE YA NO ESTOY

PRIMER PREMIO

María Sol Kliczkowski Wladimirski
Barcelona

Siempre pensé en cómo sería, pero era como un juego. Resulta que ahora no. Están todos aquí reunidos, por mí. Como si fuera una fiesta, un cumpleaños... han convocado a todos y más. Imagino grupos de whatsapp efervescentes. Porque allí veo vecinos y conocidos de apenas decir “holaquéta!” en el ascensor. Y también están los amigos de los amigos. Parece que aquí haya que hacer acto de presencia, bulto, como si a mí me fuera a importar... No se enteran ¡que estoy muerta! Y no me han dejado ni hacerlo a mi manera... No puedo creer que el final sea así.

La verdad es que ardo de ira, no como sensación corporal, claro, ahora los sofocones de la menopausia ya no cuentan. Ardo como cuando muere tu electrodoméstico y la garantía caducó ayer. Tú has guardado el ticket dos años, pero resulta que la obsolescencia acertó y hoy hace dos años y un día, lo sentimos, aunque ayer fuera domingo no laborable. Pues igual, tengo esa misma sensación de impotencia. No puedo quejarme pero esto es una injusticia, me siento traicionada.

Ya sé que Miguel ha hecho todo lo posible y que mi madre es muy pesada. Imagino que con el ajeteo, la carga emocional

suya y de los niños... Mira que lo dije veces “un día desapareceré y me echaréis de menos”. Claro que no pensaba que sería tan inminente, con camión y alevosía y en un paso de peatones, de verdad...

Pues aquí están todos, y mira que en este tanatorio había opción, han tenido que elegirme la religiosa. Todo, por mi madre. La mujer se quedó en cuando yo lloraba de emoción en la comunión, ella hizo su interpretación aunque durante años le corregí el relato aclarando que era por la bicicleta y los regalos. Pero ella R que R. Y aquí me tiene en cuerpo y alma frente a un sacerdote. ¿Cómo pueden imponerme un rito religioso a mí? Mis amigas deben alucinar y los compañeros de la asociación laica ni te cuento. Miguel no sabe dónde meterse, se lo ha buscado, porque mira que lo dejé clarito en el testamento vital, para una cosa que hago con previsión, pero no había tinta en la impresora y nunca lo firmé. Muy mal. Mira que se lo dije ¿eh? “Hay que comprar tinta que tengo que imprimir cómo quiero morir”. Soltó una carcajada y aquí estoy, ay de mí... ¿será por la tinta que me veo así?

Hoy han decidido por mí, sin mí. Ya bastante me costó en vida apostatar, no sé cómo ha convencido mi madre al cura, pero aquí está. Ay, y qué ejemplo para los niños... tanto hablarles de la educación laica y mira cómo me ven morir ¡Qué desastre! Yo que quería una fiesta, un lanzamiento al wáter como en “Captain Fantastic”...

Pues nada, Miguel, espero que la influencia de mi madre acabe aquí, en no respetar mi manera de pensar la vida y ahora, la muerte. Porque como la dejes... estará todo el día en casa haciéndoos croquetas y soltando sermones, aprovechando que ya no estoy...



INTENTÁNDOLO

SEGUNDO PREMIO

Rafael Fuentes Pardo

Madrid

Aurelius lo reconoció por la barba completamente blanca y por el aspecto ausente que tienen los recién llegados. Permanecía quieto, observando el mar, a pocos metros de un niño que jugaba con la arena de la playa. Se preguntó cómo podría aguantar el calor con semejantes barbas y una ropa tan oscura. Pero al llegar a su lado fue otra la pregunta que le hizo, en latín y en voz alta:

—¿Está orgulloso del revuelo que ha levantado con su teoría?

Charles respondió que no lo conocía de nada. También lo hizo en latín, idioma que dominaba desde su paso por el Christ's College de Cambridge. Además había elegido un momento desafortunado para presentarse, se encontraba en la bahía de Plymouth, a punto de zarpar en el Beagle, con veintidós años y un viento de nombre fascinante soplando de popa.

—Me temo, caballero, que sí me conoce, aunque no lo suficiente. Me llamo Aurelius Augustinus Hipponensis.

Charles, con los ojos muy abiertos y la mandíbula algo caída, preguntó si se trataba de San Agustín. El obispo afirmó con la cabeza y el naturalista le ofreció la mano, que permaneció unos segundos en el aire, absurda y sola. Terminó retirándola al tiempo que añadía que estaba encantado de conocerlo aunque fuese en circunstancias tan estrafalarias.

- No puedo decir lo mismo, doctor Darwin. Ante mis ojos solo hay un loco o un hereje, a menos que tengáis la decencia de dar un paso atrás y recapitular sobre las conclusiones expuestas en *El origen de las especies*.
- Pero si la idea original es vuestra –contestó–. Bueno, en realidad, de las interpretaciones que hicisteis en *La ciudad de Dios* sobre los postulados evolucionistas de Anaximandro. Quizá lo ignoréis, pero en su momento sentasteis las bases de la Teología Natural.
- Usted lo ha dicho, Teología Natural, algunos organismos y lo inerte sufrieron variaciones evolutivas en tiempos históricos, pero siempre a partir de creaciones de Dios. Fue el Altísimo quien pudo servirse de una criatura inferior, sin alma ni razón, para dotarla de ambas y crear al hombre.
- No niego la existencia de un Dios creador, he sido educado en la fe anglicana, pero puedo asegurar que ese Dios se limitó a generar el elemento original, a partir de ese momento las distintas especies fueron evolucionando solas, sin su intervención. En concreto puedo decirle que nuestro cerebro fue creciendo a partir del de un primate hasta que llegó un momento en el que ese mono pudo pararse a reflexionar y se convirtió en un hombre.

San Agustín se pasó la mano por el cuello, como si ese gesto pudiera ayudarle a pensar, y contestó que allá él, tanto si le apetecía ser el descendiente de un mono como el de un hereje anglicano. Quizá le ayudase a reflexionar el buscar una explicación a un sencillo dilema: a juzgar por el lugar donde se encontraban, ¿qué opinión le merecía la existencia de una vida ultraterrena? El naturalista respondió que en principio resultaban agradables, tanto el lugar como la posibilidad, siempre y cuando el obispo tuviera a su disposición ayudarle a encontrar las coordenadas de aquel paraíso o los motivos de aquel sueño y el momento en el que despertarían. Aurelius desvió la mirada, como si pensara dirigirse a alguien ubicado en el horizonte o quizá un poco más lejos. Añadió que algunos hombres nunca aprenden porque el orgullo los ciega. Terminó advirtiéndole que volverían a verse. Tenían mucho tiempo por delante. Sobre todo tiempo.

Darwin permaneció observando cómo se alejaba hasta que su figura no fue más que un punto blanco en la inmensidad de la playa. Siempre lo había imaginado más alto y con barba tupida. Lo de la estatura podría ser porque en casi todas las representaciones aparecía con la mitra de obispo sobre la cabeza. En cuanto a la barba no le extrañaba que se la hubiese afeitado con semejante clima. En lo que no le había defraudado era en su capacidad como orador. Negó con la cabeza en varias ocasiones, como si no pudiera llegar a creerse lo que estaba sucediendo o, quizá, como si fuera una cerilla que se resiste a apagarse. El niño se acercaba caminando por la orilla con una concha en las manos. Decidió preguntarle qué opinaba sobre aquel asunto.

—Conozco bien a San Agustín —respondió el crio—. Aunque no lo parezca también tiene una mente científica, le encantan los misterios. Terminará ayudándole a buscar el origen de este lugar, a fin de cuentas y a su manera, él lleva catorce siglos intentándolo.



TRES PROBLEMAS

Claudia Sarrión González
Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Siempre me he considerado un buen marido. A lo largo de mi vida marital, he accedido en casi todo lo que me pedía mi mujer. Por eso accedí a inscribir a los niños en este colegio, el único colegio privado de todo el distrito. Era un colegio católico. Yo nunca he practicado el catolicismo. Me preocupaba que el enfoque del colegio afectara a los estudios de mis hijos. Pero Mónica me confrontó como solo ella sabía hacer, y así fue como Blanca, Marco y Sonia comenzaron una nueva etapa escolar en aquel centro.

Al principio, todo pareció ir bien. Los niños se adaptaron bien al colegio y a los compañeros. Así que en cierto modo me despreocupé. Sin embargo, las cosas pronto empezaron a torcerse. Los niños llegaban a casa después de su jornada escolar y contaban extasiados lo que habían aprendido durante el día. Parecía que la clase de religión era toda una novedad para ellos, pero eso no siempre implicaba cosas positivas. Blanca, que tenía seis años, empezó a tener miedo de “no ir al cielo”. Le preocupaba ser una niña mala, y procuraba no equivocarse nunca de forma obsesiva. Por la noche, la escuchaba rezar, y los días que tocaba cenar verdura, no se dejaba una pizca de

comida en el plato. Yo hablé con ella varias veces y traté de explicarle que no iba a ir al infierno, que ni siquiera la seño de religión sabía con certeza si aquel lugar realmente existía, y que no hacía falta que se comiera las espinacas si no quería. Sonia, su melliza, se obsesionó con las palomas porque estaba convencida de que “alguna de ellas era el espíritu santo”. Se convirtió en una niña huraña, enfrascada en sus pensamientos, y solo se mostraba satisfecha cuando accedíamos a ir al parque para ver a las palomas. Mónica encontró divertida la extraña fijación de la niña, pero lo cierto es que con el tiempo se convirtió en un verdadero problema. Alguna vez se escapó de casa y la encontramos junto al parque, tratando de cazar a alguna paloma despistada.

Marco, de once años, decidió que iba a seguir a rajatabla los mandamientos de Dios, tal y como hacían sus compañeros. Pero se tomó su propósito demasiado en serio: decidió no volver a mentir nunca más. Cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza, la decía, porque, de lo contrario, estaba pecando. Sus hermanas se enfadaban constantemente con él porque siempre delataba sus trastadas.

El caso es que aquello terminó siendo una casa de locos. Al final, me dirigí, muy enfadado, al colegio: pensaba hablar con la profesora de religión. Quería saber cuál era su opinión acerca de la locura de mis hijos, y si sus clases eran la causa de nuestros problemas.

Llegué al despacho de doña María, expectante. Ella me recibió muy gustosamente, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo tomé asiento, y acto seguido le planteé el problema que había en casa. Le comenté que pensaba que el enfoque del colegio estaba trastornando a mis hijos. Ella me respondió,

todavía con la sonrisa en la cara, que en aquel centro la asignatura de religión era obligatoria y que en clase se estaban dando los contenidos de acuerdo con el programa educativo. Yo le dije que mi hija Blanca nunca había tenido miedo de no ir al cielo antes de llegar a aquel colegio. Ella rió, como si lo hubiera encontrado divertido, e insistió en que mis hijos tendrían que aprender la religión católica como el resto de sus compañeros si querían completar el curso escolar. ¿Qué me decía entonces de Sonia? Alguien habría de explicarle que el espíritu santo es una noción teleológica, y no una paloma que cazar. Y Marco confundía el octavo mandamiento con la mala educación. Doña María volvió a reír. Me comentó que todo aquello no eran más que chiquilladas. Yo comenzaba a perder los nervios. Le dije que aquello no eran chistes, que es de vital importancia dar a los niños una educación de calidad, y no una basada en creencias dogmáticas que poco tienen que ver con el pensamiento libre. Le dije también que mi hijos habían sido víctimas del rigor de las normas religiosas, que encima se creían moralistas, y que en lugar de la religión obligatoria deberían fomentar el pensamiento crítico y el conocimiento libre. ¡Ya estaba bien de educar a los niños desde la culpa y el miedo al castigo divino! Ella ya no sonreía, pero yo me marché, no sin antes decir que mis hijos no iban a quedarse en aquel colegio ni un día más. Y yo cada día lo tengo más claro: ¡Lo que necesitamos es una educación laica y de calidad!



EL INDULTO NO CABE EN LA MEMORIA

Jesús Pérez García
Vitoria

He soportado otra noche disfrazada de bronca vigilia, otra noche más de cruel insomnio, amenazante centinela de la espera culebreando entre las primeras luces, custodiando instantes, como si tratara de ocupar el vacío entre una ola y otra, como la mordedura de la inquietud en la piel indefensa tratando de engañar a la falsa pose del sueño.

El clamor insonoro de la habitación es implacable. Es, de nuevo, ese maldito y estruendoso silencio que construye los más disímiles vacíos. Conformasomnolencias adheridas a la noche quejumbrosa como prefijadas dolencias de la sangre íntima.

Nunca me asustó la soledad. Incluso, a veces, deliberadamente la buscaba. Pero esta soledad es dolorosa. Si no es deseada, la soledad no sabe ser ella misma.

Mis ojos entreabiertos descubren las primeras siluetas como amenazadoras sombras en pie de guerra y mis poros sudorosos rezuman rebeldía trocando mi piel en un océano de hiriente salitre en la habitación en la que reina una silenciosa sonoridad.

Me amenazan los primeros jirones de luz tenue, auspiciantes advertencias, inmediatamente antes de que se rompa la quietud de las ramas de los árboles y el sueño de los pájaros que las habitan, lanzando al aire sus matutinos mensajes como palabras ingravidas que oscilan en el aire y proclaman la luz incipiente. En mi rostro el malsín testigo del insomnio se pavonea ensoberbecido vomitando ceniza púrpura y declara su enraizada sospecha de que la vida va pasando inútilmente con un cierto sabor a derrota.

Tumbado aún en la cama me rebelo contra esa sensación y me dispongo a gastar esas horas matutinas que parece que se me hayan caído de un bolsillo que tengo descosido, como si quisiera hacerme amigo de mí mismo. Me da por meditar o, mejor aún, por reflexionar.

Jamás pude admitir, siendo aún un niño, que el acto de pensar fuera un oficio. Si acaso una inquietud de relevancia con la que hostilizar a la ignorancia, sin falsedad, sin fuegos de artificio, un ejercicio de propia confesión, de expresar una idea o discrepancia ajena en todo caso a la arrogancia.

Siempre he intentado no ver en el otro mi enemigo sino una persona amante de la libertad de pensamiento, ávida y comprensiva. He pretendido que entender ajenas introspecciones jamás supusiera un sacrificio sino el mutuo beneficio que bien pudiera tildarse de eclecticismo, cimentado en la tolerancia, con plena libertad del pensador. Me considero un defensor de ideales sin jactancia, enemigo del pensamiento único, que hace del placer de razonar una aspiración o incluso un vicio.

Atrás quedó mi juventud de ideales clandestinos, no por ello trasnochados, sino más preciados aún que un fútil sueño

peregrino. A mi provecta edad, conjugada ya en pretérito perfecto, la validez de la experiencia de los años vencidos, gestados en el tiempo, revestidos de conversaciones con mi otro yo, el libre albedrío es la esencia de mi causa. Nunca renuncié a mi propia identidad, dueño de mí mismo. Pude conquistar la libertad de cátedra, defendida a toda ultranza en mis escritos, a fuer de sincero, a costa de algunos desencuentros contra todo y contra nada, incluso por momentos venciendo un cierto desconcierto. Hoy sigo dispuesto a asomarse a las fauces del abismo de las creencias contrarias, a la común doctrina de todo un amplio colectivo anclado en su discrepancia.

¡Qué hermoso privilegio, a mi edad, poder conservar la individualidad!

Siempre fui un verso suelto en la tiranía de la falsa certidumbre, en la tentación de la uniformidad. Espero que no vean en mí un simple disidente sino un defensor del librepensamiento. Solamente trato de aplicar la lógica básica que condena el dócil seguimiento. Que me llamen librepensador, si acaso, deliberado y consciente contrapunto de todo dictamen tajante o absoluto, obstinado enemigo del fetichismo.

Sí. Ya sé que es admisible tener convicciones asentadas, pero solamente si las mismas estuvieran avaladas por el empirismo.

Yo siempre me sentí un racionalista, no sujeto a dogmas ni mandamientos, dueño mi propio razonamiento visado bajo el prisma del quid y del porqué, del pragmatismo. Defiendo la antidogmática actitud alejada de todo criterio sobrenatural, un ser de mente abierta a cualquier posicionamiento razonado. Ni la magia falaz ni la razón arbitraria tienen cabida en mi mente racional. Sería como creer en la heteromancia, en la adivinación por el vuelo de las aves.

Bajo el sortilegio de un sentimiento punzante, sospecho que el agnosticismo y la superstición son una misma herida, cáustica úlcera que jamás cicatriza, y deja en alma resabios de hiel. Pero el olvido no hace prisioneros y el indulto no cabe en la memoria.

Por eso, preciso del tesoro de la palabra, pendenciera cómplice del silencio obligado con el que conformar un mundo de pensamientos a quemarropa, para escribir y sentirme vivo, aunque llore al hacerlo porque cuando escribo, al calor del corazón, me hierve la sangre y arriesgo una idea en cada renglón.

Con todo, aunque llegase la hora del fin de los tiempos y la nada, seguiría defendiendo mi libertad de conciencia, en una desobediencia universal, si me presionara una común doctrina.

Ya es la hora. He de rearmar mi diccionario, olvidar la vieja melodía del sexo inexistente y liberar mi mundo de reflexiones a la expectativa que correrán libres por un folio inmaculado.



LEGISLACIÓN RELIGIOSA

Ángel Manuel Carril González
Santiago de Compostela

Resulta inaudito y ridículo que el delito calificado como “ofensa a los sentimientos religiosos” continúe vigente. Es una de las disposiciones más rancias y sectarias de nuestro código penal, que alimenta la censura y que habilitaría procesos inquisitoriales si los promotores de la confesión religiosa predominante pudiesen manipular las leyes aún más de lo que ya lo hacen.

Porque sólo los sentimientos religiosos de los religiosos integrantes de esa confesión religiosa son admitidos como objetos de protección legal. Tal confesión es, claro está, la de los yavenenos, los seguidores de Yavé, un ídolo de la antigüedad al que veneran como único dios verdadero. Se trata de la confesión mayoritaria según los números que ellos exhiben y que no son reales, ya que incluyen a una gran masa aborregada que se dice seguidora de Yavé por no decir otra cosa, que incumple a menudo los fatigosos preceptos de su ideario excusándose con el perverso argumento de que se puede ser creyente y no practicante; una masa que, para exculpar su propia estupidez, no repara en condenar sin compasión a cualquiera que no comulgue con sus tonterías.

El caso de Ángel Salvador Aguirre Verente es representativo de ese estado de cosas.

A tenor de lo manifestado por los yavenenos, nada bueno puede esperarse de alguien con ese nombre, que encierra en sí mismo una palmaria contradicción. Pero lo cierto es que Ángel Salvador no es (¡válgame Dios!) ningún descreído, sino un ferviente defensor de sus creencias.

Eso sí: la religión que profesa Ángel Salvador es, por decirlo de algún modo, poco connivente con la de los yavenenos. De ahí que las ofensas a los sentimientos religiosos de Ángel Salvador nunca sean hechos delictivos y sí motivo para la más ruin de las carcajadas.

Ángel Salvador es un luciferino declarado, un seguidor de la Teología Luciferina, corriente de pensamiento que considera a Lucifer como el único dios verdadero.

Y, como es bien sabido, Lucifer y Yavé son enemigos irreconciliables desde el principio de los tiempos. De modo que cualquier acto, celebración o rito de los instaurados por los yavenenos, representa una ofensa para los sentimientos religiosos de los luciferinos, porque ensalzar la figura de Yavé supone un menosprecio implícito, cuando no explícito, de su amado señor Lucifer.

La entrada en vigor de la ley que castiga las ofensas a los sentimientos religiosos hizo creer ingenuamente a los luciferinos que disponían de un recurso para oponerse a la tiranía de los yavenenos. Comenzaron su ofensiva por la base, denunciando la celebración de las liturgias diarias en numerosas parroquias. Y fueron subiendo de nivel hasta llegar al cabecilla, cuyas bendiciones urbi et orbi constituyen una intolerable

ofensa a los sentimientos religiosos de los luciferinos, que sólo conceden a su amado señor la potestad para ejecutar bendiciones (o maldiciones).

Como era de esperar en el contexto actual, todas esas demandas, en número mayor de cien mil, acabaron archivadas sin mayores explicaciones.

A la luz de tal injusticia, asqueado por el favoritismo de las instancias judiciales, Ángel Salvador decidió adoptar una actitud más combativa: publicó una versión burlesca de una conocidísima letrilla del cancionero yaveneno. Puede ser identificada fácilmente si ofrecemos los primeros versos de esta versión jocosa:

*Fulana, más que fulana,
fulana como ninguna.
Ponte a fregar la ventana,
deja de estar en la luna.*

La furibunda reacción de innumerables colectivos afines a los yavenenos propició que Ángel Salvador se viese enfrentado a una demanda por ofensa a los sentimientos religiosos. La acusación popular estaba sostenida por plataformas tan tolerantes como el Domus Dei o la Confederación Nacional de Beatas. La causa (¡qué casualidad!) fue asumida por el conspicuo magistrado Manuel García Cabreón, un devoto yaveneno no practicante y un sinvergüenza capaz de tejer interpretaciones cabalísticas de las leyes aprovechando los resquicios que cualquier texto legal deja a disposición de cualquier juez falto de escrúpulos. Semejante interfecto halló argumentos para acusar a Ángel Salvador también de otros delitos, como corrupción de menores (dado que la letrilla original estaba

dirigida al público infantil) o incitación al odio (otro curioso delito presente en nuestro código penal).

El juicio fue una pantomima más risible todavía que la letrilla objeto de escarnio. Como botón de muestra, cabe citar la respuesta de Ángel Salvador a la pregunta de si había tenido la intención de ofender los sentimientos religiosos de los yavenenos: manifestó no haberse parado a pensar en ello porque resultaba más urgente pensar en las potenciales ofensas a los sentimientos religiosos de los beduinos del desierto o de sus dromedarios. Esto dio pie al imparcial Manuel García Cabreón para imponer a Ángel Salvador una sanción por desacato al tribunal.

Finalmente, Ángel Salvador fue declarado culpable y condenado a pagar una cuantiosa indemnización, que vino a engrosar las ya voluptuosas arcas de los yavenenos (algo que causó un enorme regocijo). La solicitud de la acusación popular, que pedía una condena a trabajos forzados, fue desestimada, con gran pesar, porque no tiene cabida en nuestra legislación.

Por esto último, demos gracias a Lucifer.



EL GENIO DE ESTA LÁMPARA

Gipsie Garrido Domínguez
Guantánamo (Cuba)

Barrancadero era un pueblo al oeste del sol, incivilizado, donde tablet o playstation, eran nombres tan raros como longanimidad.

Sólo existía un hotel y otras construcciones, todas opacadas por la majestuosidad de la Iglesia Católica, comandada por el mismo cura durante 25 años, quien era la mayor autoridad del lugar.

Estaba prohibido mencionar la palabra ateo y faltar a misa, los que lograban irse de allí jamás regresaban, y cada hecho tenía un fundamento en el temor a Dios: nada de divorcios, embarazos en adolescentes, ni gays; pero como el deseo no puede ser domado, cada cierto tiempo aparecían fetos enterrados, intentos suicidas.

Ese domingo cuando el pueblo asistía a misa, tres de los pocos jóvenes rebeldes decidieron irse al Oasis, donde los pecadores esperaban la sanación, allí la prisión del alma hacia catarsis, explotaba dejando vacía la lámpara que era Barrancadero, la emoción se adelantaba al suspiro, y te dejaba sin fuerzas para acceder a otros límites de la maravilla.

De repente Eusebio, Javier y Rolando escucharon voces femeninas, desde el corazón del follaje salió Shakira, una adolescente de 18 años, lindísima, con un cuerpo a prueba de covid y su madre Lucimar, ambas habían pernoctado allí enamoradas de aquel paraíso verdilocuente, para luego seguir a su destino.

—Hola – dijo Shakira desenfadadamente.

—Buen día – Lucimar.

—Hola – respondieron a coro los tres con timidez. – ¿Ustedes son de Barrancadero?

—Sí.

—Nosotras de la capital.

—¿De la capital?, ¿Qué raro?, aquí pasan años sin que venga nadie, y menos de la capital.

—Pues aquí estamos ¿falta mucho para llegar al pueblo?

—Apenas 5 kilómetros.

—Pueden venir en el carro con nosotras – invitó la mayor.

—Vamos, yo nunca monté uno de estos – miró Javier a un Audi disimulado entre los árboles.

—¿Te imaginas nosotros entrando en eso al pueblo?

—¿Qué tiene de malo? – le extrañó a la joven.

—Vamos, se decidieron los otros dos eludiendo la respuesta.

— Móntense detrás y guíennos.

—La entrada de aquel auto fue algo inusitado, parecía una nave espacial, ristas de miradas se trenzaron en ellos.

—Vengan, éste es el hotel.

—Gracias. ¿Me dan sus números y si precisamos los llamamos? – dijo Shakira sacando su iPhone.

—No tenemos celulares, y pusieron el internet hace sólo dos años.

—¿Cómo? ¿Escuchaste mamá? yo sin mi celular no podría estar. No una digital influencer.

—Cierto, pero estamos aquí para que pueda terminar mi libro lejos del bullicio de la capital, y tú pases vacaciones tranquilas, sin pantallas.

A las forasteras se les entregó un formulario para llenar, mientras el cura era público de primera fila.

—Debe responder todas, señora – insistió el carpeta.

—¿Y por qué para hospedarme en un hotel debo decir si soy casada o si creo en Dios?

—Son reglas – dijo el hotelero mirando de soslayo al cura.

—Disculpe, pero tenemos leyes en el pueblo – recalcó el religioso.

—¿Barrancadero tiene leyes particulares o son las mismas del resto del país?

—Las mismas por supuesto, pero...

—Entonces gracias, me disculpa padre, estamos cansadas y nos gustaría descansar – interrumpió la recién llegada de un tajo.

Los ojos del hotelero estaban en cuarto creciente, mientras el sacerdote infraganti, quedó invernando en una estación que no conocía: el desafío.

Al otro día todos hablaban de ellas, su vestimenta y desenfado, un lujo para ese pueblo, huérfano de tales alumbramientos.

Los adolescentes hicieron amistad con Shakira, a menudo iban al Oasis a verla bañarse en la cascada con un bikini capitalino, esforzándose por sobrevivir al deseo, también pecado en aquel sitio.

Lucimar dio un giro a su novela y decidió incorporar matices que descubría en las conversaciones diarias con las beatas del pueblo.

Las ausencias injustificadas a las misas fueron creciendo, los jóvenes preferían el Oasis para pintar majas en sus mentes orgásmicas, y pasearlas en cabestrillo por el instinto.

Los sermones del cura encontraron respuestas rebeldes, el espíritu que parecía dormido en un banco pueblerino, escuchó un de pie unánime. Y mientras la novela de Lucimar llegaba al final, la vida beata del lugar se iba barranco abajo por el ojo del despertar.

Decadentes ya la obediencia y el control, el sacerdote convocó a Lucimar.

—Señora iremos al punto. ¿Usted cree en Dios?

—Soy atea.

—¿Queeee? – BLASFEMIA.

—Crear es una elección.

—Aquí sólo amamos a Dios. Usted y su hija están influenciando a nuestra gente negativamente.

—Los pobladores estaban sin proyectos, manipulados, y la libertad es un bien demasiadopreciado, que nadie puede arrebatar.

—Libertad es Dios.

—Libertad es libre pensamiento, es no ser juzgados.

—Somos siervos de Dios.

—Nunca me gustó la palabra siervo.

Salieron de la habitación sin ponerse de acuerdo, pero nada más fue igual en Barrancadero, cayeron los hilos de las marionetas.

Javier, Rolando y Eusebio se comunicaban por internet con teléfonos que le consiguió la influencer, Rolando conoció a su primer amor, Eduardo, otros perdieron la virginidad en el Oasis con muchachas portadoras de bikinis sexys. No hubo más intentos suicidas ni se escuchó de tumbas en miniatura. Lucimar pronto recibirá dos de sus amigas beatas en la capital. Y yo me voy para otra presentación de su libro que finalmente tituló: Libertad, un genio que escapó de su lámpara.



BIRLIBIRLOQUE

Arturo Amez Sastre
Madrid

El padre Genaro era muy solícito con sus feligreses, lo mismo socorría a un enfermo sin herederos, que consolaba a una viuda joven o daba lecciones a los adolescentes de cómo enfrentarse al amor y al sexo. Llevaba muchos años en el pueblo y administraba con mano firme y no poca devoción los sacramentos, también oficiaba los actos no cristianos. Toda una autoridad. La iglesia, aunque no muy grande, de origen románico, con su atrio, tenía belleza y contaba con algunas tallas de reconocidos imagineros. En los últimos tiempos, alguna de estas, se había llevado a restaurar; según el padre, con dinero del obispado: “Son restauraciones delicadas que requieren mucho tiempo; a veces más de año”. Apenas si quedaba en el recinto una virgencita; no muy agraciada y un San Roque de escayola. Ese domingo en la homilía, el sacerdote anunció que en el templo se iban a hacer obras de restauración, ya que se encontraba en peligro a nivel estructural. Para lo cual a partir de la siguiente semana se iban a officiar las misas en el pabellón municipal. Las obras tardarían alrededor de 6 meses. La iglesia fue vallada y tapada con lonas para que nadie se acercase a husmear o molestar al personal especializado.

En las siguientes semanas hubo mucho movimiento de obreros y un sin fin de camiones. Un domingo; pasados cuatro meses, el pabellón estaba a rebosar; era un pueblo muy obediente y temeroso. Daban las 12 pasadas y Genaro no aparecía. Alguien fue a su casa a llamarlo, pero allí no contestaba nadie. La feligresía se puso en alerta, pensando que le había sucedido algo malo a su párroco. Al final forzaron la puerta y se encontraron con que el cura no estaba y no solo eso, sino que la casa estaba completamente vacía. Guillermito el hijo de Adrian, un pillastre de cuidado dijo entre risas que la iglesia también había desaparecido. Los paisanos que al principio se lo tomaron a broma, empezaron a barruntar algo y se fueron todos hacia la obra, quitaron la valla y al levantar una parte de la lona, quedaron mudos y horrorizados. El cura había volado y con él la joya románica. Allí estaban en el barro la virgen mutilada y el San Roque, al que para colmo le faltaba su fiel perro. Los vecinos estaban furiosos, se rumoreaba que la iglesia estaba ahora en un rancho de Estados Unidos. El Ayuntamiento como medida para resolver el asunto y calmar la ira, propuso levantar una nueva iglesia en el solar vacío. Se organizó una votación secreta entre los habitantes y salió por mayoría absoluta el proyecto de construcción de una piscina. Nunca los vecinos habían estado tan encantados.

—¿Cómo está el agua?

—Bendita, contestó Paulina, 70 años, mientras saborea una horchata a la sombra, en bikini.

— ¡Por fin la iglesia ha obrado un milagro!



LA NIÑA GITANA

Carlos Fernández Salinas
Gijón (Asturias)

Resulta curioso observar cómo las personas vivimos convencidas de que nuestros ideales son los únicos que merecen la pena compartir. Nunca nos paramos a pensar que los disidentes opinan exactamente lo mismo. Y esto es así con independencia de que vivamos en la quietud del campo, en el fragor de las ciudades, en países donde el calor es asfixiante o el frío entumece los músculos. Seamos sinceros y reconozcamos que en algún momento hemos caído en la tentación de ejercer de chamanes, líderes indiscutibles de la comunidad, faro que indeleble guía a una humanidad que navega en el mar proceloso de la duda. Pero ¿qué tribunal del orden moral ostenta la autoridad para decidir quién tiene la razón y quién está equivocado? Juzguen ustedes si esto es posible:

La primavera llega a su fin. Tras la ventana los árboles tiran la toalla ante la inminente llegada de los rigores del verano. De cristales hacia dentro, la clase ha terminado. Los adolescentes abandonan el aula bulliciosos al tiempo que la profesora borra la pizarra con una sensación de frustración que ralentiza sus movimientos. Desde hace años se siente incapaz de leer en el corazón de sus alumnos. Cuando ella tenía su edad no era tan displicente y descreída, por mucho que la memoria reescriba

nuestros recuerdos cada vez que los evocamos. Cuando se da la vuelta se percata de que una alumna está haciendo tiempo para hablar con ella. Se llama Amaya y esgrime una sonrisa obsequiosa.

—Profe, quisiera despedirme. El año que viene no me tendrá que aguantar.

—¿Y eso? – pregunta la profesora a la par que recoge su bolso—. ¿Tu familia se muda?

—No, no, profe. Es que en septiembre pienso casarme.

A la profesora se le endurecen las facciones.

—Pero, Amaya, ¿te parece que es lo apropiado para una niña de quince años?

—El mes que viene cumplo dieciséis – contesta orgullosa.

—Seguirás siendo lo mismo: una niña.

La sonrisa de Amaya ya no es obsequiosa sino de suficiencia.

—Lo que sucede es que ustedes los payos no entienden nuestra cultura.

La profesora calcula que la niña se trae la lección bien aprendida. Si se ve acorralada, solo tiene que echar mano a las barreras culturales para poner fin a cualquier debate. La profesora sabe que las culturas son las herramientas que los humanos nos damos para sobrevivir en el caos. La disparidad de escenarios que se dan en el mundo provoca que existan infinidad de culturas. Sin embargo, esa niña está ahí, ahora, respirando su mismo aire, por eso insiste en sus reproches:

—No es eso, Amaya, yo respeto a tu gente. Lo importante para ti es que te formes, aprender un oficio, poder ser independiente el día de mañana. Eso es lo correcto.

Amaya le responde con una mueca burlona.

—¿Ah, sí? Entonces, dígame, ¿lo correcto es estar soltera y sin hijos pasados los cincuenta?

A la profesora se le contrae el pecho. Esa pregunta la ha golpeado con violencia. Un torrente de recuerdos cruza su mente a velocidad vertiginosa. Sus ojos ya no son ojos, sino trozos de vidrio hechos añicos. No dice más, y se aleja con unos andares que recuerdan un navío a punto de zozobrar.

A la mañana siguiente Amaya se encuentra con una nota plegada en la rendija de su taquilla.

«Perdona por haberme inmiscuido en asuntos que no son de mi incumbencia. Te deseo lo mejor en tu nueva vida».

Si ustedes, lectores, pudieran ver cómo Amaya se guarda la nota en el bolsillo, observarían que lo hace plena de amargura. Tengan la certeza de que en lo más profundo de su ser lamenta haber herido a su profesora. Es mayor y está sola, posiblemente porque en su día tuvo otras prioridades que la condujeron al error, razona a su manera Amaya. Por fortuna eso no le sucederá a ella, lo que no le da derecho a ser grosera. Podría haberle dicho lo mismo pero con palabras amables, esas que a nadie ofenden, como las que Amaya escucha en los anuncios de perfumes, palabras que hoy por hoy no están a su alcance porque, ¡qué quieren!, tan solo es una niña de quince años.



QUEREMOS UN PUEBLO LAICO

Estanislao Pan García
Madrid

- Señor alcalde, estamos cansados, muy cansados. Estamos hartos, inquietos y algo abrumados. Por ello, y tras haber sido designado como portavoz por nuestro grupo de trabajo, quiero presentarle aquí la firma de un tercio de los censados en nuestro pueblo. Es nuestro deseo expresar con ello nuestra absoluta preocupación por la escasísima separación entre la Iglesia y la Administración del pueblo en los últimos tiempos -explicaba el señor Fernández, con varios de sus compañeros detrás.
- Lo entiendo, pero, ¿qué quiere exactamente qué haga? La religión es una parte importante de la vida diaria de una fracción muy elevada de la gente de nuestra localidad – dijo el alcalde, encogiéndose de hombros.
- Tenemos derecho a que no se nos impongan símbolos religiosos. A tener algo que decir sobre la moralidad que se pretende inculcar a nuestros hijos en la escuela. A no tener que mordernos la lengua y poder expresarnos y a mostrar desacuerdos. A que respeten nuestra cultura y no nos metan con calzador la suya.

—Eso último suena algo racista, señor Fernández.

—No tiene nada que ver con eso, señor alcalde.

Los monstruos marinos, bípedos pero de rasgos pisciformes, habían emergido de las profundidades del Atlántico hacía ya cinco años y reclamaron la aldea para sí. Una porción nada desdeñable de los habitantes del pueblo habían dicho que bueno, que vale, que cualquier cosa menos discutir.

Desde entonces los edificios públicos de la localidad estaban adornadas con conchas y algas replicando extraños patrones místicos, el temario de la escuela giraba en su casi totalidad a las enseñanzas y mandamientos de una macabra deidad submarina, se había prohibido bajo pena de ejecución la crítica al panteón de dioses de los monstruos, y las noches de luna llena se realizaban rituales religiosos de alto contenido sexual en la iglesia del pueblo, para asegurar el nacimiento de nuevos híbridos sin párpados y de manos palmeadas (que se unían unos meses después a los que ya iban a la guardería). La administración del pueblo había aceptado todo ello sin rechistar cuando vieron que la intención de voto entre los monstruos marinos y su progenie beneficiaba claramente al alcalde actual.

—Insisto, señor alcalde. Uno de los principios de nuestro sistema es la separación entre Iglesia y Estado. Aquí no se está cumpliendo, ante la pasividad de usted.

—Y a mí que me cuenta, Fernández -suspiró el alcalde.

